

Hija de la Revolución: el Coronel Amelia “La Güera” Robles

Victoria Enríquez*

Carmen Amelia Robles Avila nació en Xochipala, municipio de Zumpango de Neri, Guerrero, el año de 1889, en una casa de largos corredores, techo de teja y vara de malatlacote, en el corazón de los llanos de Coloapan. Su tez blanca y sonrosada y su cabello de color castaño claro salpicado de hebras doradas le pusieron sobrenombre: La güera. Su participación en la revolución, al mando de una tropa de “hasta un millar de hombres” del ejército libertador del sur, enarbolando ideales zapatistas, le dieron grado: Coronel.

Las hazañas de sus batallas, su arrojo y su audacia se hicieron leyenda en boca de sus antiguos asistentes: José Olivares (muerto en 1990), Cleofas Hernández Estrada (muerto en 1993) y el soldado Pablo García.

“Luché después con Obregón, en 1924. Peleé en el estado de Hidalgo y fui coronel de caballería... También anduve en el estado de Tabasco y en Chiapas. Regresé en 1926 a Xochilapa a trabajar mi tierra”, dirá de sí misma a algunos de sus muchos entrevistadores, a mujeres y hombres que armados con sus bolígrafos y sus libretas, tal vez con grabadoras, pasaron por su casa, cuando aún

vivía, en busca de un buen tema para investigar.

Muy anciana ya pero siempre al cuidado de sus labores de la tierra y asuntos de la casa, vigilaba, sentada en una mecedora, el trabajo de su sobrino Rufino Robles en la miscelánea y el molino de nixtamal situados en su casa.

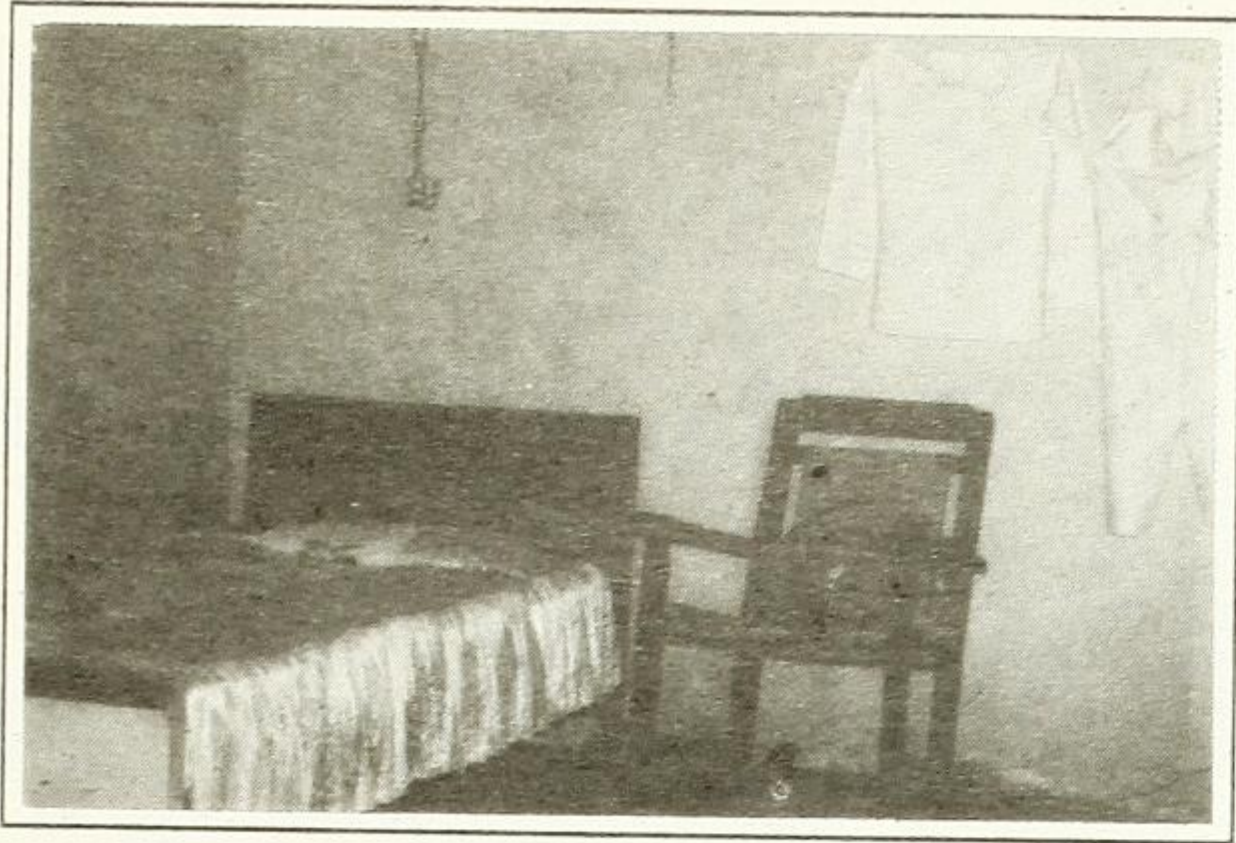
Con sus dos pies bien puestos en la tierra recibió con amabilidad -no exenta de recelo, dados los olvidos y las traiciones de los gobiernos a la causa zapatista- a cuanta gente fue a verla, nacionales y extranjeros, y les mostró sus documentos, sus medallas, su viejo mosquete.

En una entrevista que le hizo Alba Nérida Flores, se narra: “El coronel Robles nos recibió reacio, primero no quería, pensé que era un anciano despótico, sentí que imponía su fuerte figura masculina, fue difícil, le sacábamos las palabras con tirabuzón, pero después se portó amablemente, considerando tal vez que nos había llevado su sobrina Malber Robles, y nos mostró infinidad de materiales que tenía guardados en cajas, y que iba

extrayendo con cierta nostalgia, no propia en un hombre viejo... Expedientes que contenían cartas, telegramas firmados por jefes militares, de políticos influyentes y fotografías donde estaba acompañado de figuras importantes y de



Fotografía de
Carmen
Amelia
Robles.
Museo en su
casa de
Xochipala



Su cama,
su ropa y su
mecedora.

compañeros de lucha y otras personas que la historia no registra, como Leonor López.

“Nos habló de las necesidades

de mejorar las tierras del llano, que tenían los campesinos; en ese momento ella, como miembro de la Liga de Comunidades Agrarias -de la cual había sido parte del comité directivo, a nivel nacional-, estaba buscando beneficios para Xochipala. Aún hoy los habitantes tienen que ir a traer agua hasta Zumpango.”

Le habían dado muchas medallas pero no había podido obtener beneficios para su pueblo.

“Siguiendo los hábitos de la época, los padres de Amelia quisieron que se preparara según la costumbre de su tiempo; es decir para las actividades de la casa. Como hija de familia tuvo la oportunidad de estudiar en el colegio de señoritas de Chilpancingo, pero Amelia desde pequeña dio muestras de un carácter fuerte y firme. Aunque se inclinó por la religión católica y se integró a la sociedad de Hijas de María en Xochipala, Amelia prefería ejercitarse en el manejo de las armas y en la doma de caballos, ante el disgusto de sus padres. Lejos de obedecer el mandato paterno, intensificó sus prácticas con la complicidad de sus trabajadores... A los quince años era una experta tiradora y una excelente tiradora y montadora de caballos” (Semblante histórico de la coronela Amelia Robles. pp. 32).

Ella se había ido a “la bola” el año de 1911, en compañía de una mujer llamada Leonor López; así se enroló, al frente de un grupo de hombres, al Ejército Libertador del Sur, al mando del General Emiliano Zapata.

Don Celedonio Serrano canta sus glorias en su famoso libro *El Coyote*.

EL CORONEL COYOTE TOMA PARTE EN EL COMBATE DE LA LOMA DE LA ZORRA.

*La Güera Amelia y su gente
improvisa sus trincheras,
aunque es mujer tiene grado
de coronel y sus trenzas,*

*no han impedido que ostente
con orgullo sus estrellas.*

*Tiene valor más que muchos
que vestimos pantalones
es astuta en los combates
y discreta en los amores;
con su ejemplo de bravura
contagia los corazones.*

(Serrano Martínez Celedonio. *El Coyote*. Mex. Talleres Gráficos de la SEP. 1951 pp. 138-139)

En un corrido popular anónimo, se canta:

*Aunque mi sexo no es propio
para ejercitar las armas
cambio por este uniforme
desde hace tiempo mis faldas;
y me he jugado con gusto
la existencia en las campañas.*

En 1915 decide cortarse la trenza y vestir definitivamente de hombre. Tal era su mando y valentía que sus hombres respetaron su deseo, desde entonces le llamaron coronel y su familia también se dirigió a ella como coronel o abuelo.

Reconocido por los altos mandos militares, se le otorga la Condecoración al Mérito Militar, correspondiente al segundo período creado por decreto No. 659, de fecha 5 de octubre de 1939, por la Secretaría de la Defensa Nacional, Comisión Pro-veteranos de la Revolución.

El 4 de marzo de 1948 recibe un reconocimiento a su distinguida actuación social en beneficio del progreso de México y a la Revolución Mexicana.

El 3 de mayo de 1951, la Secretaría de la Defensa Nacional, en representación del C. Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, le dio un reconocimiento por su participación y servicios prestados a la Patria y a la Revolución.

Perteneció a la Liga de Comunidades Agrarias en el año de 1945, fue representante comunal de su pueblo y miembro activo del comité directivo nacional, así como vocal del Comité estatal del Movimiento Nacional Plan de Ayala, en Chilpancingo.

Dicen en el pueblo que “esta mujer era un verdadero hombre”, cuenta la leyenda que “a poco de haber regresado de la Revolución,

se fue con una mujer de nombre Angela, que pertenecía a una acomodada familia de Apipilulco, que unos hombres que no la querían, le pusieron un cuatro, entonces ella sola mató a los ocho que la agredían”.

En el museo, junto a sus pistolas, está un cartel que dice: “En 1936 estuvo presa en la cárcel de Iguala, después de ser agredida por siete hombres. Cuando le iban a dar el tiro de gracia, mato a dos e hirió a otros dos. Los demás lograron huir.”

¿Qué es cierto?, ¿qué es leyenda?, una parte de la historia está ahí en sus documentos, otra se habla en voz baja.

Verdadera hija de la Revolución, el coronel Amelia Robles murió el 9 de diciembre de 1984.

Sobre esta historia, el investigador Moisés Santos Carrera hizo un trabajo de investigación; y María Hetna Peña García presentó su tesis para su titulación ante la SEP (D.G.T.I. CBETIS 134, 1991).

Amelia Robles aparece en el trabajo fotográfico del Archivo Casasola; Enrique Krause la menciona en el libro *El amor a la tierra. Emiliano Zapata. Biografía del Poder/3*. En la página 85 está su fotografía con el número 119. La mención tiene un error pues dice Coronelas Carmen y Amelia Robles, y puede pensarse que hubo dos mujeres con ese rango. En realidad ella se llamaba Carmen Amelia como consta en sus actas y documentos.

Sin embargo, a pesar de cuanto reconocimiento le fue otorgado, de los pequeños registros que se le han hecho en la historia, del interés del INAH por crear un museo en la casa donde vivió en lo que fue su cuarto, con sus cosas y documentos -que por medio de un convenio su sobrino Rufino prestó a esta institución- preservados con mucho cuidado por su familia, es poco lo que se ha publicado, y no la conocemos como lo que verdaderamente fue: una mujer revolucionaria.

La tesis de María Hetna Peña García rescata una entrevista efectuada por Miguel Gil, en Iguala, Gro., en 1927, en el hotel Fonseca. En esta entrevista, el autor conversa con “el coronel”, quien le ha sido presentada por el general Castrejón. Cuenta que ha sido herida cuatro veces. “La coro-

nela me ha enseñado las huellas de los balazos y al arremangarse el pantalón para enseñarme la pierna, veo que usa calcetines y ligas de hombre. ¡Pequeño detalle, pero detalle al fin!”, escribe con asombro, porque como él mismo dice: “significaba un caso de profunda psicología, digna de reflexiones más profundas.”

Entrevistada a su vez, Alba Nérida Flores Arellano, afirma:

“En aquella entrevista que hice para cumplir con una tarea escolar, ese mismo hecho, es decir, su porte masculino y su deseo de ser tratada como un hombre, no me gustó. Se hizo cierto lo que ella dijo con mucha ironía al despedirnos. Dijo que nosotras no íbamos a regresar a verlo porque las universitarias éramos mujeres perfumadas.

“Hoy, dieciséis años después, habiendo emprendido estudios de género con el afán de aclarar la problemática de las mujeres, comprendo el por qué de mi rechazo hacia esta historia, cuyo origen está en una educación llena de prejuicios que nos separan a las mujeres, no sólo de los hombres sino de las otras mujeres.

Comprendo por qué no se ha hecho la biografía de esta mujer que, en medio de una sociedad patriarcal, se atreviera a romper el esquema de la mujer abnegada y sumisa que le deparaba su femenina condición, rompiendo el tabú del atuendo y la sexualidad. Una mujer a quien a pesar de tantos reconocimientos no hemos podido ver como la heroína que es porque ‘quería ser hombre’, y nosotros todavía no hemos aprendido el respeto a la diversidad.” *Jem*

* Victoria Enríquez nació en Chilpancingo, Gro., donde reside hasta la fecha. Es socióloga, escritora y poeta. Acaba de publicar su primer libro de cuentos, *Con fugitivo paso*.



Armas,
brújula,
medallas y
trenza.
Museo
de su casa
en Xochipala